

Filosofando

La originalidad del hombre

Luis Armando Aguilar Sahagún

La “pregunta” por el hombre busca respuestas, permaneciendo pregunta. Esta afirmación paradójica no exime de la búsqueda acuciosa de respuestas. Sobre lo que es el hombre, a lo largo de la historia se han dado muchas respuestas, y sin duda se seguirán dando. ¿A qué responde el deseo de responderla, a sabiendas de lo provisorio de las respuestas? ¿No sabemos ya lo bastante como para dedicar nuestra atención a otros problemas? Max Scheller pensó, a comienzos del siglo XX, que a pesar del cúmulo de conocimientos sobre el hombre, nunca se había sabido menos sobre él que en la época en la que Scheller mismo diera un nuevo impulso a la búsqueda rigurosa y metódica de una nueva ubicación del lugar que ocupa el hombre en el cosmos.

¿No sabemos qué es el hombre, por lo menos, lo suficiente como para comprenderlo? ¿No tenemos ya una «pre-comprensión» de nuestro ser, la adecuada para vivir y actuar en consecuencia? ¿Cuál es el parámetro para dar por respondida la pregunta? ¿Se trata de una cuestión insoluble? La multiplicidad de conocimientos se incrementa día con día. Con todo, cualquier respuesta sólo será significativa en la medida en que cada persona se vea incluida en ella.

También las imágenes del hombre que se forman, se configuran en distintos ámbitos, crecen en número y variedad. Ahí donde hay un ser humano, podemos reconstruir una imagen del hombre. ¿Cuál es su forma y su contenido, es decir, en qué consiste la humanidad de esas imágenes? ¿Puede, una reflexión filosófica sobre el ser humano, ofrecer el servicio de discernimiento de lo humano en cada caso? ¿Quién puede, legítimamente, deslindar lo que es verdadero de lo falso respecto de lo que se dice sobre el hombre? ¿Y también, de lo que se muestra de él? Nuestra pregunta es por la verdad del hombre, por su humanidad, pues en cierto modo, podemos decir que «la verdad para el hombre es lo que lo hace hombre» (Saint-Exupéry). La respuesta a la pregunta pasa por el crisol de la acción, de la vida, de lo que es capaz de forjar una comprensión.

Resulta de importancia decisiva, a la respuesta que podamos dar a estas preguntas, la posibilidad de que cada cual, en lo personal, se vea reflejado en ellas. La pregunta «¿qué es el hombre?» cobra relevancia fundamental cuando se plantea en primera persona: «¿qué soy yo?» La pregunta por el ‘qué no’, es la misma que la pregunta por el ‘quién’. La primera supone un nivel de reflexión general. La segunda es completamente personal. Toca a la propia identidad. En esa búsqueda, el hombre intenta dar con lo más original, lo que le es más propio. Pasamos, así, de una pregunta filosófica general a una pregunta de carácter existencial.

¿Soy original?

El ser humano se ve confrontado por esta pregunta en medio de un mundo que tiende a la masificación o la cosificación. La pregunta cobra un sentido que pide respuesta apremiante, en el momento que la propia individualidad se ve asediada, negada, nulificada en medio de multitudes sin otra identidad que la del agobio, el trabajo vivido como sometimiento, la diversión programada, las propuestas de consumo; incluso, en medio de un mercado de

ingredientes para construir una identidad «a la carta», de pertenencias que tienen su precio, etcétera.

La originalidad del ser humano; mejor, la necesidad de autoafirmación del propio ser en profundidad, de la vida que en persona es única e irrepetible, se ve ante falsas alternativas: desde la rebeldía violenta y estéril, hasta los intentos malogrados de imitar un modelo impuesto por las modas. El individuo se ve agobiado, necesitado de encontrar su lugar propio, necesitado de esbozos de la «huella» que querría dejar: no ser anulado por la multitud ni por la historia; salvarse, en su peculiaridad, en medio de un panorama incierto, en el que deambulan otras individualidades difusas, cuya identidad apenas se atisba en el grupo o en el clan, que se expresa en un nombre, una canción, un símbolo, un tatuaje.

El recurso típico de los tiempos modernos para lograr dicha salvación, es el repliegue individualista: la proliferación del narcisismo en sus distintas formas. Sobre esta alternativa se ha escrito mucho. La sociología hace constataciones que, en ocasiones, ofrecen una imagen sombría –que llega a ser incluso tremendista– de los procesos de individuación y sus graves consecuencias: soledad, adicciones de todo tipo hasta llegar al suicidio, formación de grupos terroristas, etcétera. Hay filósofos que han puesto atención a este fenómeno, destacando la dimensión social, intersubjetiva y dialógica del ser humano. En el orden moral, se da un clima o bien de liberalismo que «deja ser», o bien de condena y fustigación de la individualidad, que suele confundir el individualismo con la exigencia y necesidad de afirmación del ser más profundo de cada persona individual. Los diagnósticos son en ocasiones superficiales; las alternativas, escasas y de poca fuerza.

En los siguientes puntos se señalan algunos elementos de lo que abre caminos para que el individuo se recupere como persona. Se trata de estratos en los que es necesario «cavar», en una exploración de la propia interioridad.

Soy «diferente», soy «alguien»

Podemos señalar, en primer lugar, la toma de conciencia de sí, del propio ser, como alguien diferente de los demás. Esto ocurre mediante el reconocimiento de las cualidades personales, los rasgos propios, de carácter psíquico como corporal. Es un proceso de toma de conciencia: soy diferente de los demás. Lo que tengo es valioso y gratuito. Es para mí y para los demás.

De la diferenciación, hay un paso al reconocimiento del propio ser personal: soy alguien. Este paso está mediado por los demás, por el reconocimiento, la aceptación, la acogida, la posibilidad de ser integrado en un grupo elegido, una familia, y cualquier tipo de institución. Soy alguien, frente a otros, frente a un ‘tú’, frente a quien me llama por mi nombre. Soy para mí mismo y para los demás, en unidad indisoluble.

Doy mi aportación

En un tercer momento, podemos señalar la posibilidad que descubre el sujeto de cultivar su propio ser mediante la acción, el desarrollo de posibilidades, talentos y dones. Esta posibilidad abre a la creatividad y surge del deseo de aportar, contribuir a la solución de algún problema o necesidad que incumbe a otros, de cualquier tipo. Es, tal vez, el niño del que habla Nietzsche en Así habló Zaratustra, inocente y creativo, afirmador de la vida. En este orden, la persona descubre una expansión del connatus, del impulso de permanecer vivo (Spinoza), del «Élan vital» (Bergson) por el que su ser se convierte, a su vez, en una

especie de cauce de vida y fuerza que abre nuevas posibilidades a los demás y a la sociedad.

Soy amado

Un cuarto momento, sería el más propiamente asociado con vivencias de gratuidad: soy recepción, mi ser más íntimo me es dado; existo porque soy amado. Ésta es quizá la experiencia en la que la persona descubre lo más profundo de su intimidad, sin atinar a descifrarlo, incluso sin necesidad de hacerlo. La gratuidad es el amor de los demás en mí y, como don primero, mi ser; supone el reconocimiento de todo lo que ha hecho posible que yo sea el que soy y puedo ser más allá del desarrollo de mi propio esfuerzo. Ser persona no es sólo ser único, irrepetible por mis cualidades o méritos, sino por el amor que recibo, que me mantiene en el ser, desde incontables fuentes, muchas de las cuales me pueden ser incluso desconocidas.

Más en el fondo, soy un regalo para mí mismo (Jaspers). «Mi vida» es mía, por cuanto, en buena medida, depende de mí lo que llegue a hacer de ella. Al mismo tiempo, mi vida no es mía, no me pertenece, lleva el signo de lo ajeno. Me es dada para darla. Ser original significa entonces ser objeto de un amor privilegiado. Ser insustituible, como objeto del amor. Cuando ese amor es vivido a profundidad, se abre la posibilidad de atribuirle o reconocerle un origen sagrado, divino. Ser amado «por Dios» mismo, a pesar o a través de los amores familiares y amistosos, es la expresión de esta vivencia.

Me dono

En este clima, la pregunta por la propia identidad, por la posibilidad de ser original en medio de un mundo que tiende a negar la propia individualidad, tiene su punto de apoyo incommovible. Desde la originalidad de ser amado, incondicionalmente, el sujeto puede expandir su ser como donación. Su originalidad es entonces indisociable de la gratitud. Su unicidad radica en ser objeto insustituible de un amor a partir del cual puede ser, sentir, pensar, crear, darse.

El reto de todo ser humano puede formularse en llegar a descubrir que puede vivir su ser de esta manera en medio de la masa. Ésta, en lugar de ser una amenaza que diluye la propia identidad, se convierte en campo de encuentros; mundo de personas, de semejantes, de prójimos, nuevos rostros. La originalidad es entonces la manera en que siendo el que soy, decido corresponder al don de la vida y entregarme a los demás.